

Los efectos de la dominación simbólica en el feminismo

Isabel G. Gamero Cabrera¹

Resumen: En este artículo quisiera aludir a las tesis de Bourdieu sobre la dominación simbólica, incidiendo en su faceta androcéntrica; para, a continuación contemplar cómo, debido al carácter incorporado de dicha estructura (esto es, a que su eficacia radica en que el dominado contribuye a su propia dominación), algunas teorías y prácticas feministas, como el feminismo de la diferencia de Luce Irigaray, los planteamientos éticos y políticos de Benhabib y la subversión de la identidad que promueve Butler, pueden llegar a reproducir las diferencias que pretendían combatir. Finalmente, quisiera plantear las opciones que pueden llevar a cabo los distintos feminismos (y otras figuras dominadas) para evitar estos problemas.

Palabras clave: *habitus*, androcentrismo, dominación simbólica, feminismos, incorporación

Abstract: In this paper, I would like to refer to Bourdieu's symbolic domination, with an especial interest in its androcentric aspect. In a second moment, I would examine how due to the embodied character of this androcentric structure (i. e., this domination is effective within the dominated contribute to its own domination), some feminist movements, for example Irigaray's feminism of the difference, Benhabib's ethic and political theory and the subversion of the identity proposed by Butler) might reproduce the discrimination that they aimed to avoid. Finally, I would like to present the options and choices that feminists (and other dominated actors) could manage to avoid this kind of problems.

Keywords: *habitus*, androcentrism, symbolic domination, feminisms, embodiment

PRESENTACIÓN DE LOS CONCEPTOS DE BOURDIEU: EL *HABITUS* Y SU INCORPORACIÓN

Comenzaremos por una aproximación a la teoría de Bourdieu: Debemos destacar con el pensador francés, que el modo como se va produciendo la realidad inmediata, como se vive y se percibe ésta y como llegamos a actuar con nuestro propio cuerpo, se encuentran articulados por lo que él denomina *habitus*. Se trata, según argumenta este autor, de un sistema de disposiciones prácticas, duraderas e imprescindibles para el desarrollo de todo sujeto en la sociedad; son unos principios generadores y organizadores de las prácticas y de las (auto) representaciones sociales, pero que no suponen la obediencia incuestionable a reglas, lo cual supondría un enfoque conductista, rechazado por este autor, sino que dichas prácticas están or-

¹ Universidad Complutense de Madrid. Este artículo ha sido posible gracias a la participación en el Proyecto de Investigación: "Normatividad y praxis. El debate actual después de Wittgenstein" del Ministerio de Ciencia e Innovación. (FFI2010-15975)

ganizadas colectivamente, como una orquesta sin director². Bourdieu se refiere a la adquisición de estas prácticas como una «pedagogía implícita»³, que, desde la primera infancia, por medio de los distintos procesos de socialización, se va generando una serie de pautas y disposiciones, que estarán ya siempre presentes en nuestra forma de actuar y relacionarnos con los demás. Más que una adquisición consciente, se trata de lo que Bourdieu denomina «incorporación», esto es, nuestro propio cuerpo se va adaptando a estar normas, las va interiorizando y progresivamente convierte en disposición permanente lo que sólo era una enseñanza convencional⁴.

Insiste el autor en que al irse interiorizando, el *habitus* deviene el principio de percepción de toda la experiencia posterior, que tiende a ocultar, tanto sus propias condiciones históricas de producción, como aquellas actitudes y posibilidades que lo pudieran cuestionar⁵. Puede resultar extraña la afirmación de que el *habitus* llegue a afectar a algo que consideramos tan material e inmodificable, como el cuerpo, sin embargo, debemos prestar atención al modo como nos movemos o hablamos y pensar cómo nuestra educación ha influido en estas maneras apropiadas de actuar.

Esta tendencia viene siempre reforzada por la sociedad donde cada uno se desarrolla. Hay que tener en cuenta que la incorporación del *habitus* no se da de modo individualizado, sino que en este proceso cobra un papel muy relevante el entorno social. Como también afirma Bourdieu, el *habitus* es inseparable de una relación con el lenguaje, el tiempo y con los otros⁶; ahora bien, esta aserción no implica ningún tipo de automatismo social, según el cual todos los sujetos actuaran del mismo modo mecánico; sino que se da un reforzamiento constante y progresivo entre las diferentes circunstancias de cada uno, las normas que va interiorizando y la convención social⁷. Aunque en ocasiones puede haber encuentros y oposiciones entre cada sujeto y las normas interiorizadas, piénsese por ejemplo en los casos de la escolarización de la segunda generación de migrantes, donde la norma interiorizada en el hogar no coincide con las pautas aprendidas en la escuela; la tendencia general de las sociedades pasa por la homogeneización de los *habitus*, esto es, la coincidencia entre expectativa social y cumplimiento de las prácticas.

De este modo, los *habitus* quedan reforzados, son asumidos como el modo apropiado de actuar y así pasa desapercibido su carácter construido y aprendido⁸. Localiza en este momento Bourdieu una problemática transformación en la apropiación del *habitus*, «como si fabricara coherencia y necesidad a partir del accidente y de la contingencia»⁹; así, las divisiones y jerarquizaciones que la asimilación del *habitus* produce (por ejemplo diferencias de clases o de género) no sólo perpetúan una estructura social, sino que son interiorizadas, tomadas como necesarias y asumidas como la única forma posible de organización. El *habitus* afirma su eficacia

² Bourdieu, P (1991). *El sentido práctico* p. 92

³ *Ib.*, p. 118

⁴ *Ib.* p. 119 («La *hexis* corporal [...] convertida en disposición permanente, manera duradera de mantenerse, de hablar, de caminar y por ello, de sentir y de pensar» *Ib.*).

⁵ *Ib.* p. 94

⁶ *Ib.* p. 123

⁷ *Ib.* p. 93

⁸ *Ib.* p. 98

⁹ *Ib.* p. 134

impidiendo la crítica de la estructura, de tal modo que cualquier práctica que pudiera salirse de lo establecido se convierte en lo impensable¹⁰.

Por último, debemos llamar la atención sobre el hecho de que los *habitus* no se extienden por un proceso consciente, tampoco es inconsciente en sentido psicoanalítico, sino que transcurre a través de lo que Bourdieu llama inconsciente histórico o historia incorporada¹¹ que, como ya hemos señalado anteriormente, se torna eficaz por su aparente obviedad, por ser el modo cómo se percibe la sociedad.

PRINCIPAL PROBLEMA:

EL *HABITUS* COMO ESTRUCTURA DE DOMINACIÓN MASCULINA

A continuación, podemos evaluar la dimensión problemática de esta extensión incuestionada de disposiciones, concretada en el momento en que las consecuencias producidas por los *habitus* resultan discriminatorias, esto es, tienen efectos opresores para un grupo concreto de sujetos, como sucede en el caso de las mujeres.

Como ya hemos mencionado en el apartado anterior, los *habitus* son los principios ordenadores de la percepción de la sociedad y de uno mismo; estos esquemas de percepción se establecen por medio de categorías relacionales y opuestas, que constituyen todo el universo social de un grupo¹². En este sentido afirma Bourdieu que se pasará por alto uno de los elementos de esta construcción si trata de pensar cada una de estas categorías diferenciales en sí mismas, sin ponerlas en interrelación con todo el sistema. Este hecho se debe a que dichas categorías son arbitrarias, pero reciben su necesidad al inscribirse en un sistema de oposiciones homólogas y complementarias, insustanciales si las pensamos de modo aislado, pero que resultan parecidas en su diferencia y concuerdan en el juego inagotable de las transferencias prácticas y en los cuerpos que las interiorizan y reproducen¹³. Entre este juego de categorías articuladas también se encuentra la diferencia sexual. Para este autor, en todas las sociedades y desde la primera etapa de nuestro aprendizaje, ya hemos incorporado, como esquemas inconscientes de percepción y de comprensión de nuestra realidad, las estructuras históricas del orden masculino¹⁴. La diferencia sexual, en su faceta androcéntrica, aparece enlazada con las demás categorías, como un elemento más de la distribución de la sociedad¹⁵.

Ahora bien, debemos tener cuidado para no aproximar la postura de Bourdieu a ningún tipo de constructivismo, para el pensador francés resulta incuestionable la morfología de la diferencia sexual; sin embargo, lo interesante y problemático de este proceso de diferenciación surge cuando a raíz de estas diferencias

¹⁰ Ib. p. 94

¹¹ Ib. p. 98

¹² Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*, p. 20. Ejemplos de estas categorías pueden ser: alto/bajo, arriba/abajo, derecha/izquierda, duro/blando, exterior/interior, público/privado, hombre/mujer

¹³ Ib. p. 20

¹⁴ Ib. p. 17

¹⁵ Ib. p. 21 Aunque la tesis de Bourdieu sobre la dominación radica en la sociedad cabila, (tradicional, agraria, con clara diferenciación de roles sexuales) el hecho más interesante de su análisis es que, a pesar de la distancia que separa nuestra sociedad de la cabila, la estructura de tal diferencia persiste y sigue articulando nuestra sociedad.

anatómicas, se van desarrollando una serie de valoraciones sociales diferenciales, en mayor medida arbitrarias (por ejemplo atribuir mayor valor y habilidad técnica a los hombres que a las mujeres), que, al irse asumiendo, crean diferencias sociales, con efectos en la realidad y en los sujetos¹⁶. De este modo, las divisiones constitutivas del orden social se inscriben en dos hábitos diferentes, dos principios complementarios y opuestos, que son interiorizados por los cuerpos y codificados en las prácticas sociales¹⁷. Además, este proceso de interiorización de roles “adecuados” al género se ve corroborado por la expectativa social, de tal modo que las actitudes tienden a concordar con lo esperado para cada género, llegando a afectar a decisiones de la vida cotidiana, como por ejemplo la mayor probabilidad de sentir complejos o malestar, tanto mayor sea la desproporción entre el propio cuerpo y el exigido por las convenciones sociales¹⁸.

Debemos entender de este modo como a partir de una diferencia anatómica incuestionable, se van generando diferencias arbitrarias, que, reforzadas por esta “apariencia natural” y por la expectativa social, estructuran toda la sociedad, esto es, quedan incorporadas y tienen efectos en los cuerpos. Estas diferencias disposicionales, en principio arbitrarias, se van inscribiendo en los principios opuestos de identidad masculina y femenina y se convierten en maneras permanentes de comportarse y de mostrar emociones¹⁹. Con el paso del tiempo, quedan cada vez más acentuadas, es decir, tienden «a la masculinización de lo masculino y a la feminización de lo femenino»²⁰, de tal modo que aquellos rasgos que no coincidan con tales estructuras de percepción, pasan desapercibidos o tienden a ser disimulados por los propios sujetos, no siempre de modo consciente.

En conclusión, el tratamiento diferencial de los sexos supone, según Bourdieu, una construcción arbitraria, cuya génesis se encuentra en los principios de la división de la razón androcéntrica, fundada a su vez en los distintos roles sociales atribuidos a hombre y mujer²¹. Pero esta aparente diferencia “natural” que justifica discriminaciones en la sociedad, es un producto histórico que oculta las condiciones de su propia producción, al aceptar como evidentes y naturales unas prescripciones arbitrarias que «inscritas en el orden de las cosas, se inscriben en el orden de los cuerpos»²².

EN TORNO A LA DOMINACIÓN SIMBÓLICA

El último concepto de Bourdieu que nos interesa en este artículo es el de dominación simbólica que sucede cuando, a partir de la instauración del *habitus*, el propio

¹⁶ Resultan de interés testimonios de transexuales, que en su paso de varón a mujer, llegaron a sentirse débiles cuando otros varones se ofrecían a ayudarles a la hora de realizar tareas que antes realizaban sin problemas (Ib. p. 81)

¹⁷ Ib. p. 45

¹⁸ Ib. p. 86. En este caso Bourdieu se sirve de la estadística para mostrar como las mujeres francesas tienden a preferir a los hombres con una mejor posición social mejor que la suya (Ib. p. 52)

¹⁹ Ib. p. 55

²⁰ Ib. p. 74

²¹ Ib. p. 28

²² Ib. p. 75

dominado tiende a aceptar y reproducir dicha situación de dominación, al no disponer de más esquemas de percepción de la realidad que aquel que comparte con el dominador y que ha llegado a interiorizar en su propio cuerpo²³. En nuestro caso, los esquemas convencionales, aceptados y naturalizados que ponen en práctica las mujeres para relacionarse con su entorno y que tienen como consecuencia una desventaja para sí mismas, son el único modo que disponen para percibir su realidad social, y de este modo, siguen siendo reiterados por ellas, por lo que siendo víctimas, también extienden la estructura de su dominación²⁴.

Cabría argüir, en oposición a esta tesis, todos los avances que la mujer ha logrado en nuestra sociedad, pero de nuevo según Bourdieu, conformarse con estas mejoras, supondría no advertir cómo la dominación simbólica es más sutil y pasa desapercibida bajo dichos avances, por ejemplo, aún en el presente hay techos de cristal, de tal modo que, aunque las mujeres se hayan incorporado al mundo laboral, los puestos más altos siguen ocupados por varones y en igualdad de condiciones, ellas siguen recibiendo menores salarios²⁵. Asimismo, las distintas profesiones se encuentran diferenciadas por su atribución de género, y en este sentido, cabe entender el concepto de “vocación” de acuerdo con la ya mencionada relación entre expectativa y cumplimiento, esto es, Bourdieu destaca cómo las mujeres tienden a preferir ocupaciones relacionadas con la enseñanza y los varones, tareas técnicas o de ingeniería, sin que esta decisión sea un proceso completamente consciente, se trata más bien de la suma entre lo que se espera de cada uno de ellos y la mayor o menor dificultad de acceso a distintos puestos según el sexo, dada la tendencia a masculinizar o feminizar ciertas profesiones²⁶. Piénsese por ejemplo en las dificultades que puede encontrar una mujer para competir en condiciones de igualdad con varones en altas esferas directivas o las connotaciones feminizantes que tienen ciertos trabajos como el de comadrona o costurera, que bien, pueden llevar a la feminización de los varones que llevan a cabo estas tareas o que incluso, puede mejorar la apreciación social que se tiene de estos trabajos cuando un varón los realiza²⁷.

Existe un punto muy delicado en esta tesis de la dominación masculina, porque fácilmente cabría aducir tanto una falsa conciencia de las mujeres, como la atribución directa de su culpabilidad por esta dominación, sin embargo, permanecer en este nivel sería no haber comprendido los matices de la teoría de Bourdieu, para quien el fundamento de la dominación simbólica no es voluntario, ni radica en conciencias engañadas a las que habría que iluminar para subvertir el sistema²⁸, sino que la dominación sucede en un plano práctico, no completamente accesible al conocimiento y que cobra eficacia por inscribirse en la totalidad del orden social y en los cuerpos²⁹.

Como ya hemos sostenido anteriormente, el *habitus* se sostiene por un «formi-

²³ Ib. p. 51

²⁴ Ib. p. 125

²⁵ Ib. p. 113

²⁶ Ib. 77. Resulta curioso cómo Bourdieu llama la atención sobre las distintas preferencias en especialización en filosofía según el sexo, Ib. p. 114

²⁷ Ib. Bourdieu compara la concepción diferencial entre peluquera y estilista o costurera y diseñador

²⁸ Bourdieu, P. *La dominación masculina* p. 58

²⁹ Ib. p. 103

dable trabajo colectivo de socialización difusa y continua»³⁰, que genera hábitos diferenciales en toda la sociedad, según los principios de división dominante y que afecta a todos los sujetos, con independencia de su sexo, es decir, los varones también se encuentran dominados por la estructura. Por ello, no cabe tampoco argumentar que la dominación simbólica sea una acción directa y malintencionada por parte de los varones para oprimir a las mujeres, sino que, sostiene Bourdieu, el privilegio masculino no deja de ser una exigencia permanente, imposible de cumplir³¹. Ellos también interiorizan el *habitus* y deben cumplir el rol esperado para su sexo, lo que les crea sentimientos de inseguridad que nunca pueden manifestarse, porque supondría una emoción, cercana a lo femenino. En este sentido, los varones se encuentran siempre ante el riesgo de no cumplir las expectativas sociales adecuadas a su género, con lo que perderían el respeto de sus iguales e incluso su consideración de varón³².

Lo que interesa de esta teoría no es iniciar una cadena de culpabilidad y acusaciones mutuas sobre quiénes sean los responsables de tal sistema de dominación, sino hacer ver que supone un mecanismo construido relacional y omniabaricante, que afecta a todos los sujetos y que se reproduce en todos los ámbitos de la sociedad. Surge aquí el aspecto más espinoso de este análisis, cuando, de acuerdo con la estructura de la dominación simbólica, Bourdieu sostiene que ciertos feminismos son ciegos ante esta dominación³³. A continuación examinaremos tres posibles casos de esta tendencia: el feminismo de la diferencia de Luce Irigaray, la doble concepción de otredad que maneja Seyla Benhabib y las subversión de la identidad promovida por Judith Butler.

LOS EFECTOS DE LA DOMINACIÓN SIMBÓLICA EN EL FEMINISMO

EL FEMINISMO DE LA DIFERENCIA DE LUCE IRIGARAY

Como ejemplo más claro de la tendencia descrita es el feminismo de la diferencia, cabe citar a la pensadora francesa Luce Irigaray, para quien toda interpretación de la realidad, toda escritura y posible expresión han estado desde siempre, apropiadas por los hombres³⁴, quienes quedan entendidos en la teoría de esta autora como los únicos que han podido enseñar y definir a las mujeres, sin que ellas pudieran decir nada al respecto³⁵. Por este motivo, las mujeres se han convertido en lo otro, en el lado negativo o indiferente del varón³⁶, carentes de expresión posible y de lugar propio, definidas en exclusiva por los parámetros de la razón androcéntrica, son incapaces de reconocerse a sí mismas y a sus iguales³⁷.

³⁰ Ib. p. 38

³¹ Ib. p. 68

³² Ib. p. 70 Así incide Bourdieu en todos los insultos “feminizantes” usados para un varón que no muestra valentía (Ib.)

³³ Ib. p. 103

³⁴ Irigaray, Luce (2009). *Ese sexo que no es uno* p. 98

³⁵ Ib. p. 153 «Eternos pedagogos: en ciencias sociales, religiosas o sexuales. Vuestros maestros. Ellos os han enseñado vuestras necesidades o deseos, sin que hayáis empezado a decir algo al respecto» (Ib.)

³⁶ Ib. p. 157

³⁷ Ib. p. 161

Ninguna teoría o práctica hasta nuestros días, continúa Irigaray, ha tenido consideración suficiente hacia la especificidad de la mujer, por ello nunca se ha podido resolver sus problemas³⁸, es más, ni siquiera se pueden plantear esos problemas, ya que el predominio del lenguaje androcéntrico impide la correcta expresión de la mujer³⁹. La única salida que la autora encuentra a tal monopolio es una expresión propia, exclusivamente femenina, esto supone la invención de un nuevo lenguaje, distinto de cualquier expresión habitual y exclusivo del género femenino⁴⁰, que permitiría a las mujeres entenderse entre ellas y relacionarse con su propio cuerpo sin mediaciones, supondría además, la liberación del inconsciente femenino y la generación de un nuevo tipo de deseo, no mediatizado por el varón⁴¹.

Para Bourdieu, teorías como la de Irigaray resultan no sólo particularistas y erradas, sino que contribuyen a perpetuar la diferencia entre hombre y mujer. El autor francés no se muestra de acuerdo con estas tesis del feminismo de la diferencia porque, según él, ignoran la relación estructural relacional de dominación, que como hemos descrito en el epígrafe anterior, afecta a todos los seres humanos y que, pese a su carácter construido, obtiene eficacia de su aparente naturalidad. Entonces, una reivindicación como la de Irigaray, que no cuestiona, sino que refuerza la especificidad femenina, tiene como consecuencia un incremento de la diferenciación entre hombre y mujer, al aceptar y reproducir, incluso exaltar, determinados rasgos de la definición simbólica dominante⁴² (por ejemplo la sensibilidad).

Y cuando este feminismo deviene disciplina académica, generadora de un lenguaje particular, realiza una monopolización similar a la del androcentrismo. Según Bourdieu uno de los rasgos principales de cualquier dominación simbólica es el de hacer pasar por universal, un estado de cosas particular, producido en la historia por un grupo exclusivo de sujetos⁴³. Esta afirmación puede aplicarse tanto a la dominación masculina, como al feminismo de la diferencia; ya que en ambos casos tiene el mismo efecto: el mantenimiento de una estructura discriminadora entre hombres y mujeres. Entonces, cuando se incide en la especificidad de la experiencia femenina, no sólo se corre el riesgo de naturalizar un producto histórico, con lo que no se podría plantear su modificación; sino que además, cualquier investigación teórica sería invalidada, ya que, al importar al campo de la investigación científica la defensa de los particularismos, estos quedan reforzados y se bloquea cualquier pretensión universalista, principio, según Bourdieu, tanto de la investigación, como de la reivindicación política⁴⁴, como consecuencia se llega a la esencialización del particularismo y a la guetización de los miembros de tal categoría⁴⁵.

³⁸ Ib. p. 23

³⁹ Ib. p. 111

⁴⁰ Ib. p. 100

⁴¹ Ib. p. 102

⁴² Bourdieu, Pierre (2000) *La dominación masculina* p. 83

⁴³ Ib. p. 82

⁴⁴ Ib. p. 139 (nota al pie 4)

⁴⁵ Ib. p. 147. Aunque Bourdieu se refiere en este caso a la tendencia a la guetización del colectivo homosexual, no existen tantas diferencias entre ciertas manifestaciones teóricas de estos movimientos y las tesis de Irigaray.

LOS SUJETOS CONCRETOS Y GENERALIZADOS DE SEYLA BENHABIB

En segundo lugar, la teoría de Bourdieu nos puede servir para cuestionar un tipo más sutil de feminismo particularista, que también corre el riesgo de implicarse en las redes de dominación que pretende subvertir. Se trata del feminismo que distingue ciertos rasgos, históricamente localizados en el ámbito privado y adscritos a la mujer (no por naturaleza, ni de modo necesario, sino por situación social modificable) y en un segundo momento, pretende exportar tales rasgos a la totalidad de la sociedad, para mejorar la vida de todos los seres humanos. En este sentido, cabe aludir a la teoría de Seyla Benhabib, quien distingue dos concepciones del sujeto⁴⁶: El «otro generalizado», dotado de derechos formales, en el ámbito público, ciudadano, sujeto favorito del liberalismo político, y el «otro concreto», dotado de sensibilidad o empatía, en el ámbito privado, sujeto favorito del comunitarismo y de las teorías éticas.

La propuesta de esta autora no sería la de eliminar los valores formales y políticos, tampoco la de extender exclusivamente los valores solidarios y empáticos, sino una tendencia al equilibrio de estos dos polos, para obtener lo mejor de cada uno de ellos: el reconocimiento y la empatía del otro concreto, y los derechos, deberes y garantías constitucionales del otro generalizado⁴⁷. En oposición a cualquier debate disyuntivo que oponga público a privado, razón a sentimiento o libertad formal a igualdad; la filósofa trata de desplazar los límites del discurso para que se aprecien las distintas visiones de la vida buena⁴⁸. Destaca de este modo la importancia de tener en cuenta afectos y emociones en la vida pública⁴⁹, pero por otro lado, nunca se debe dejar de extender los logros del otro generalizado (derechos, libertades y garantías constitucionales) a los «otros concretos», que no se identifican sólo con la mujer, sino con todos los sujetos vulnerables.

Pese al pretendido carácter equilibrado y unificador de esta teoría, cabría criticar este enfoque con las herramientas que Bourdieu nos ha proporcionado, ya que, aunque los dos polos que alude Benhabib suponen patrones teóricos, útiles para la investigación social y nunca quedan completamente adscritos a la diferencia sexual; en la práctica, se reiteran las diferencias relacionales, que según el autor francés estructuran toda la realidad, de acuerdo con la razón androcéntrica. En la caracterización de Benhabib de estos dos tipos de sujetos aparecen las atribuciones diferenciales y relacionales que perpetúan la diferencia sexual. Además, cabría sostener que esta teoría puede suponer que quienes se encuentran en el polo «concreto», encarnan el reverso de lo socialmente considerado como lo masculino, y por ello, sólo podrían acudir a lo que Bourdieu denomina «armas de los débiles»⁵⁰, es decir, el fomento de los sentimientos, de los cuidados y de unos valores más eficaces en el terreno doméstico que en el laboral. Entonces, quienes están en el «lado empático», pueden interiorizar esos valores, relativos a las emociones y a la pasivi-

⁴⁶ Benhabib, S. (2006). *El ser y el otro en la ética contemporánea* p. 183

⁴⁷ Ib. p. 226

⁴⁸ Ib. p. 194

⁴⁹ Ib. p. 195

⁵⁰ Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina* p. 78

dad, lo cual, como profecía que se cumple a sí misma, frena las posibilidades de estos sujetos, los limita al discurso de la empatía y los afectos⁵¹ y bloquea otras expectativas, con lo que de nuevo se refuerza la dominación, que se pretendía subvertir⁵².

Bourdieu critica la tentación que se da en muchos movimientos críticos, como es el caso de este feminismo, de representar de modo idealizado a los oprimidos y vulnerables y de protegerlos «en nombre de la simpatía, de la solidaridad y de la indagación moral»⁵³; reivindicación necesaria, pero que omite que la valoración de estas dimensiones empáticas puede ser uno de los principales factores que contribuyan a la dominación (como un caso extremo de paternalismo que no permite a los “vulnerables” expresarse). Aunque el horizonte de la teoría de Benhabib sea un equilibrio entre los dos polos marcados, en el momento en que se separan y enfrentan estos dos tipos de valores, ya se está presuponiendo una diferencia, se está obviando su carácter construido e histórico de tales valores y se bloquea otra posible comprensión de la realidad, que no presente tal sistema de diferenciación.

LA SUBVERSIÓN DE LA IDENTIDAD SEGÚN JUDITH BUTLER

Para acabar, el último referente polémico de Bourdieu en el caso del feminismo serían las primeras obras de Judith Butler, quien desde el reconocimiento de las estructuras de dominación, que afectan por igual a hombres y mujeres (incidiendo en el complejo papel que sufren los homosexuales en este esquema), pretende mostrar que el sistema heterosexista y patriarcal, con apariencia natural, es en realidad una construcción⁵⁴ y pretende subvertir tal sistema opresor de la diferencia por medio de un ejercicio de performatividad, en parte lingüística, en parte teatral⁵⁵, que por medio de reiteraciones paródicas de lo que parece ser natural, original e inmodificable (el dimorfismo sexual), desvele cómo esa estructura no es más que otro ejercicio de reiteración que se ha consolidado⁵⁶. De este modo, en su primera obra Butler argumenta que el sexo no es una verdad interior, sino una «significación performativamente realizada» que puede ser alterada y desplazada⁵⁷.

Aunque el diagnóstico de Butler sobre el carácter construido de los géneros sea similar a las tesis de Bourdieu, éste no encuentra tampoco aquí la salida a la estructura de dominación simbólica, en primer lugar porque no se llega a comprender muy bien cómo tal movimiento paródico (el ejemplo privilegiado de Butler son los travestis o los *drag queens*⁵⁸) puede tener una eficacia política, ya que según el filósofo francés se trata de manifestaciones individuales y provocativas, que pueden

⁵¹ Ib. p. 48

⁵² Ib. p. 78

⁵³ Ib. p. 138

⁵⁴ Butler, J. (2007). *El género en disputa* p. 17

⁵⁵ Ib. p. 31

⁵⁶ Ib. p. 95 «Gay no es a hetero lo que copia es a original, sino más bien, lo que copia es a copia. La repetición paródica de “lo original” muestra que esto no es sino una parodia de la idea de lo natural y lo original» (Ib.)

⁵⁷ Ib. p. 99 La postura de Butler se ha matizado y ha cobrado más precisión con los años, pero este tema nos distanciaría del tema de este artículo.

⁵⁸ Ib. p. 269

pasar por anecdóticas y que en realidad, no resultan demasiado subversivas. El autor las define como «rupturas heroicas de la rutina cotidiana [...] que exigen demasiado para un resultado demasiado pequeño e inseguro»⁵⁹. Y además, dichas manifestaciones detentan un voluntarismo, problemático según Bourdieu, ya que no se pueden eliminar los esquemas diferenciales sólo con un cambio voluntario y consciente de vestimenta o actitud (a la manera de la *performance queer*), porque «los sexos no son meros roles que puedan interpretarse a capricho [...] están inscritos en los cuerpos y en un universo de donde sacan su fuerza»⁶⁰.

Ahora bien, reconoce Bourdieu que los ejercicios paródicos y subversivos que recomienda Butler resultan saludables porque, al menos, contribuyen a mostrar otras posibilidades al sistema androcéntrico que articula nuestra comprensión de la realidad, pero su debilidad estriba en que no llegan a cuestionar los esquemas de percepción que estructuran toda la sociedad, más allá de las categorías de lo sexual⁶¹. Al centrarse sólo en otras posibilidades alternativas de sexualidad, Butler obvia que otros ámbitos de nuestra sociedad (el mundo laboral, el educativo o el tiempo libre) también están contruidos por esos esquemas diferenciales. Para el filósofo francés, estas estrategias de subversión deberían extenderse a todos los ámbitos de la sociedad, ya que cualquier comprensión adecuada de las relaciones de dominación debe abarcar el conjunto de todos los espacios y subespacios sociales, si pretende ser eficaz⁶².

Para acabar esta crítica, cabe constatar cómo Bourdieu considera teorías como las de Butler excesivas, por su pretensión de subvertir (acaso eliminar) el sistema categorial en el cual nos movemos, opción imposible según el autor francés, ya que la estructura dual que combate Butler se encuentra profundamente arraigada en las cosas y en los cuerpos, constituye el esquema de percepción de nuestra realidad, por ello, no se puede eliminar, si acaso, cabe modificarla con un trabajo profundo y a largo plazo que afecte a todas las esferas de la sociedad y que no se limite a cuestionar el heterosexismo de nuestra sociedad⁶³.

CONCLUSIONES: PROPUESTAS DE SOLUCIÓN PARA EL PROBLEMA TRATADO

Para acabar y como contraste con estas teorías particularistas, Bourdieu reivindica una tarea teórica y una práctica política no sólo feminista, sino universalista, que integre a todos los grupos dominados⁶⁴, también a los varones⁶⁵ y que se ocupen de mostrar cómo todo el universo social está construido por las estructuras de dominación simbólica que afecta a todos los sujetos, con independencia de su género. Descubrir el carácter histórico de tales estructuras y reconstruir la historia de cómo

⁵⁹ Bourdieu, P. *La dominación masculina* p. 8

⁶⁰ Ib. p. 127

⁶¹ Ib. p. 19

⁶² Ib. p. 126

⁶³ Ib. p. 126

⁶⁴ Ib. pp. 8 – 9

⁶⁵ «El esfuerzo para liberar a las mujeres de la dominación [...] no puede avanzar sin un esfuerzo por liberar a los hombres de esas mismas estructuras» (Ib. pp. 138 – 139, nota al pie 2)

se produjo tal deshistorización⁶⁶ es el primer paso para cambiarlas, ya no sólo en el ámbito de la diferencia sexual, sino en todas las esferas de nuestra sociedad. Aprecia sin embargo el autor los avances que ha hecho el feminismo para romper los círculos de refuerzo del *habitus*⁶⁷, al cuestionar las estructuras de dominación simbólica, al ampliar el área de lo politizable, logrando introducir en el debate público, en la reivindicación política y en la investigación académica temas que antes estaban destinados a lo femenino o privado⁶⁸. Ahora bien, otra tarea pendiente del feminismo (y de todas las formas de dominación) es iniciar este mismo debate sobre aquellas instituciones que apenas son cuestionadas, pero que son los principales agentes reproductores del orden social y transmisores del *habitus*, como el estado, la escuela y la iglesia. Señalar cómo estas instituciones han contribuido, desde su posición de autoridad, a inculcar las estructuras de dominación es una tarea ineludible para cualquier intento de cambiar estas estructuras⁶⁹.

De este modo, incide el autor, resulta necesario mostrar las condiciones sociales de la producción de la diferencia, que llevan a los dominados a tener el mismo punto de vista que los dominantes⁷⁰ y a partir de ahí, tratar de modificar el sistema, teniendo en cuenta que no basta con cambios superficiales que dejen inalterada la estructura, ya que ésta no sólo se establece a partir de la diferencia sexual, sino desde otras muchas dimensiones, es decir, considera un problema que por ejemplo se celebren los ascensos de las mujeres que provienen de las posiciones dominantes de la sociedad y se olviden todos los demás estratos sociales⁷¹.

Además, como ya sabemos, la dominación simbólica supone un proceso social, omniabarcante y en cierta medida inconsciente, por lo que no basta tampoco con describir los procesos presentes de dominación, sino que debe explicar y mostrar el funcionamiento y la reproducción de las jerarquías y mecanismos presentes en todos los ámbitos de la sociedad y en todas las etapas de la historia, pese a los evidentes cambios que hemos vivido⁷². Persigue el autor el cambio de las condiciones sociales de producción de inclinaciones que conducen a la dominación. Sólo una acción política y un trabajo teórico, que tomen en consideración todos los efectos de la dominación, podrán, mostrando su carácter construido y cambiante según la época histórica, contribuir a la desaparición progresiva, no de la diferencia, sino de la dominación⁷³.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benhabib, S. (2006). *El ser y el otro en la ética contemporánea*. Barcelona. Gedisa.
Bourdieu, P. (1991). *El sentido práctico*. Madrid. Taurus.
Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona. Anagrama.

⁶⁶ Ib. p. 105

⁶⁷ Ib. p. 111

⁶⁸ Ib. p. 140

⁶⁹ Ib. p. 107

⁷⁰ Ib. p. 58

⁷¹ Ib. p. 141

⁷² Ib. p. 105

⁷³ Ib. p. 141

Butler, J. (2007). *El género en disputa*. Barcelona. Paidós.
Irigaray, L. (2009). *Ese sexo que no es uno*. Madrid. Akal.